



LOS DÍAS DEL TIGRE

BLANCA ÁLVAREZ

edebé

periscopio

LOS DÍAS DEL TIGRE

BLANCA ÁLVAREZ

LOS DÍAS DEL TIGRE



edebé

© Blanca Álvarez, 2014

© Edición: EDEBÉ, 2014
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Dirección editorial: Reina Duarte
Fotografía de portada: Thinkstock
Diseño de cubierta: César Farrés

ISBN 978-84-683-1179-1
Depósito Legal: B. 26055-2013
Impreso en España/Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Algún día, en cualquier parte, en cualquier
lugar, indefectiblemente, te encontrarás a ti
mismo, y esa, solo esa, puede ser la más feliz
o la más amarga de las horas.*

Pablo Neruda

Índice

1. El regreso de la diosa	9
2. Un día feliz	15
3. ¡Dilo de una vez!	24
4. Una madre estupenda	28
5. Divina de la muerte	40
6. Los tigres del sueño	45
7. ¿Por qué no te rindes?	55
8. Fuera de guion	58
9. Un caballo muerto.....	64
10. Rumores	66
11. Todos podemos escapar	70
12. Un pacto entre brujas	80
13. ¿Qué tiene de malo?	87
14. Las inseparables	90
15. Ya no se puede regresar	95
16. Estos pobres chicos	99
17. Un laboratorio humano	103
18. Lo normal	106
19. Sin amarras	110
20. Los pasos del tigre	112
21. Los gestos no mienten	118

22. Para lo que sirve...	123
23. Preparativos	126
24. El regreso	133
25. Reinemos juntas	136
26. Gris oscuro	143
27. El doctorado	147
28. Un tigre en mi mesa	150

1. *El regreso de la diosa*

Patricia no odia a su hermana Loreto, en serio que no; tan solo se siente paralizada, como un ratón ante la serpiente que lo devorará. Lleva toda su corta vida intentando ser esa perfecta hermana. Una réplica exacta, a ser posible. No solo es hermosa y con las piernas más largas que un día sin pan; además, desde antes de perder los dientes de leche, ha logrado todo cuanto se ha propuesto, por más extravagante o inalcanzable que pudiera parecer. Comenzando por convertir a sus padres en los primeros *fans* de cualquier idea suya.

Loreto es modelo, de las más cotizadas. Loreto no podía limitarse a posar para el catálogo de una gran superficie, ejercer como azafata de algún congreso y buscar un marido con empleo fijo, preferentemente funcionario. No, Loreto, cuando decidía hacer algo, se colocaba en la parte más alta. «Por menos, ni lo intento», aseguraba con un punto de orgullo vanidoso. Posa para las mejores marcas, ha sido portada de revistas internacionales y se la rifan, a precio de escándalo, los mejores desfiles. Apenas posa los pies en casa para

cambiar de maleta. Y esas horas de la Bella entre los mortales se convierten en varias cosas a la vez...

Por una parte, en un incesante parloteo de Loreto mientras se mueve con la gracia de un cisne desplazándose sobre la superficie del agua, dando cabal cuenta de sus éxitos, sus nuevos contactos y los futuros contratos.

Por otra, Vicente y Carola, los padres, se muestran satisfechos, casi iluminados por la luz de la felicidad. Loreto es el espejo donde ellos contemplan su propio triunfo.

Por último, está Patricia, literalmente convertida en una sombra, un fantasma con las antenas alerta para descubrir dónde está la clave de Loreto, que siempre llega de los desfiles con un modelo para cada miembro de la familia. De Stella McCartney fue el último vestido para ella; locas estuvieron las chicas de su grupo con el modelo. O un bolso de Gucci, o unos Manolo's de vértigo. También para Carola, que luego se infla cuando sus amigas la miran con envidia.

Incluso para el respetable alto cargo en una financiera, es decir, su padre, la profesión de Loreto se convierte, cuando la ejerce su hija mayor, en algo más respetable que una cátedra de economía.

—¿Cómo lo llevas, enana?

Si hasta ejerciendo su lado más borde, Loreto parece una diosa.

—Mido poco menos que tú —Patricia intenta defenderse; no siempre lo logra.

—La talla, hermanita —Loreto se para un segundo, la mira y coloca su dedo índice sobre la frente de Patricia—, se lleva aquí.

—¿Me estás llamando retrasada?

—¡Claro que no, mi niña! —una sonrisa, una falsa caricia, y Loreto ya se siente eximida de cualquier culpa.

—¿Cómo lo haces? —debe de ser la primera vez que se atreve a preguntarlo.

—¿Qué cosa?

—Ser siempre la reina, ¡en todo!

—Verás, al reinado se llega tras una larga y dura preparación. Si quieres ser alguien en este duro mundo, hermanita, debes comenzar a comportarte como una tigresa desde antes de tener dientes.

—¿Tigresa?

—Bueno, tigre —da una vuelta sobre sí misma y se sienta al lado de Patricia, sobre el sofá de diseño del cuarto de la modelo—. Lo de tigresa no lo entiendas en plan mujer fatal, sino como un animal, un tigre —hace un gesto de garra con ambas manos ante el rostro de Patricia.

—¿Aunque no sea necesario?

—Mira, Patri —Loreto parece feliz sintiéndose superior a su hermana—, necesario es siempre, aunque no lo parezca. Y, además, para ser un tigre en el momento oportuno, debes haber practicado mucho antes. No se improvisa, vaya.

—O sea, que tú te has pasado la vida ejerciendo, ¿no?

—Desde la guardería.

—¿Qué hacías?

—No dejar que nadie, sobre todo si eran niñas, estuviera ni un milímetro por encima de mí.

—¿No tenías amigas?

—No se tienen amigos, Patricia, solo colegas, compañeras y, por supuesto, enemigas. Piensa esto —y levanta una mano ante el rostro extasiado de Patricia—: cualquiera de tus compañeras, incluso a la que consideras tu amiga, se transformará en tu enemiga si te interpones en su camino. Por eso necesitas estar preparada, para adelantarte siempre.

—O sea, que tú fastidiabas por fastidiar.

—Lo más importante es ganarse determinada fama. Una vez que te ponen la etiqueta, para bien o para mal, ya no te la quitas en la vida. Yo siempre he preferido la etiqueta de bruja, bruja guapa claro, a la de buena.

—¿Por...?

—Mira, bonita —a Patricia ya no le gusta el tono de superioridad, pero se traga la rabia, que para una vez que Loreto suelta información importante, mejor aguantar—, a nadie le gustan las niñas buenas; por mucho que intenten convencerte. Y mucho menos, a los chicos interesantes.

—¿Y si el chico que te mola no te mira?

Loreto dibujó en su perfecto rostro una mueca entre el asco y la decepción, mientras Patricia recordaba los ojos de Carlos, el único chico para el cual ella era invisible.

—¡Eso, mi niña, no debes consentirlo!

—¡No seas bruta, Loreto! No se trata de consentirlo o no; se trata de que ni me mira.

—¿A ti? Pero si eres una monada.

Un halago así, viniendo del cisne perfecto, debía de subir el ánimo a cualquiera, pero el de Patricia andaba bajo los zapatos de Carlos.

—¿Tú qué harías? —Patricia mira a Loreto como si de ella dependiera su propia vida.

—Ser mala, muy mala.

—¿Con él?

—No, no necesariamente —se mordió el labio inferior antes de añadir—: con cualquiera. Lo que importa es que él termine conociendo tu maldad.

—Pues, no lo entiendo.

—Mira, del mismo modo que a nosotras nos gustan mucho más los «chicos malos», a ellos les vuelve locos la idea de ligar con una «chica mala» —movió una mano ante la cara de pasmo de su hermana—. No, no me preguntes por las razones. Es así, y punto. Y no creas que hablo por hablar, hermanita: a las malas las admiran y la admiración te convierte en su diosa.

—¿Y la ternura? —Patricia recuerda alguna escena de besos y palabras dulces.

—La ternura se agota pronto; la devoción es interminable.

—¿Estás insinuando que debo convertirme, a sus ojos, en una perversa bruja?

—No lo insinúo, ¡te lo recomiendo!

—O sea, yo le hago una faena muy gorda a una compañera, por ejemplo —ya casi podía ponerle nombre a la compañera—, y eso hace que él me mire.

—No lo dudes.

Patricia ya tenía fama de bicho en el instituto, de haber creado una «tendencia», aunque no sabía bien qué significaba en su caso. Sin embargo, todos y todas se habían rendido a ella, incluidos los profesores. Todos, excepto, justamente, Carlos. Quienes no acep-

taron su reinado habían sido borrados del mundo de los visibles; sin embargo Carlos no podía ser borrado del mapa, porque formaba parte del mapa emocional de Patricia.

—O sea, ¡un tigre! —Patricia, ya en el quicio de la puerta, le devolvió a su hermana mayor el gesto de dos garras y un gruñido.

—Siempre, mi niña, siempre.

La dejó en su cuarto, rodeada de ropa desordenada, mientras pensaba que ella, Patricia, la hija fracasada de aquella casa, llevaba toda su vida siendo un tigre.

Aunque, tal vez, solo fuera un cachorrillo de tigre.

Aunque solo ella fuera consciente de su naturaleza.

«Pues nada, sacaremos los colmillos, como todos quieren», se dijo sin saber aún cómo. O quizá sí, porque entró en su cuarto, abrió el ordenador y echó un vistazo a sus cuentas sociales.

Duplicaba la media de solicitudes de amistad y cada uno de sus comentarios se convertía en el más comentado y aplaudido.

—¡Bien! —se gritó a sí misma apretando los puños.